

nado por la necesidad y la adecuación a finalidades exteriores [...], por consiguiente, está más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha. [...] La libertad en este terreno solo puede consistir en que el hombre socializado regule racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza poniéndolo bajo su control colectivo [...] Pero este siempre sigue siendo un reino de la necesidad. Allende el mismo empieza el desarrollo de las fuerzas humanas, considerando como un fin en sí mismo, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo solo puede florecer sobre aquel reino de la necesidad como su base. La reducción de la jornada laboral es la condición básica” (Karl Marx).

Daniel G. CORRAL

Peter SLOTERDIJK, *Fiscalidad voluntaria y responsabilidad ciudadana. Aportaciones a un debate filosófico sobre una nueva fundamentación democrática de los impuestos*, Madrid, Siruela, 2014.

Este volumen, traducido por Isidoro Reguera e introducido por Carla Carmona, de 172 páginas, se compone, al margen de la introducción de veinte páginas, de un prólogo, dos artículos, cuatro entrevistas sobre la crisis en general y, finalmente, otras cuatro sobre la voluntariedad deseable de los impuestos y todo el “ruido” generado por esta propuesta.

La introducción de la profesora de Corrientes filosóficas y científicas del pensamiento occidental es una defensa

de Sloterdijk frente a los ataques de los últimos frankfurtianos (como Axel Honneth) y de los socialdemócratas ante la idea de caminar a una sociedad donde los impuestos sean una contribución voluntaria a un Estado que debe agradecer al contribuyente su generosa donación, fruto de su esfuerzo y su tiempo. La línea de defensa de Sloterdijk y de su apologeta Carmona es que el socialismo (de la socialdemocracia europea, se entiende) ya no es más una ideología sino una función del estado y que no deja de ser un déficit democrático relevante la circunstancia de que el pago de impuestos sea mensual o anual (diario, en el caso de los indirectos) y las elecciones se convoquen cada cuatro años, cuando menos. A la postre, Sloterdijk no estaría cuestionando el pago de impuestos sino su enfoque coactivo. Su propuesta no sería neoliberal sino que se situaría más allá de las dicotomías al uso -en eso sigue a Heidegger más de una vez, en ese desplazamiento (que ya denunciara no sin irritación Pierre Bourdieu) a otro “lugar” cada vez que aparecen los frentes- apostando ahora por una “Psicopolítica de la donación” que permitiera la puesta en funcionamiento de fuerzas tímóticas propias de la condición humana que la Historia del Nihilismo (léase, “de la Metafísica”) ha ido sepultando y negando pero no ha podido aniquilar.

La línea argumental prosigue criticando la ausencia de sentido de la realidad del Estado, el cual se empecina en cultivar el resentimiento (bajo el cual es imposible la liberación de la vertiente tímótica de nuestro ser). El resentimiento es causado por la impotencia a la que se

ve sometida la clase media que constata cómo cinco millones de alemanes pone el setenta por ciento de lo que ingresa el Ministerio de Hacienda. La cuestión es que si bien los países democráticos occidentales habrían superado el Antiguo Régimen en casi todos sus aspectos, aún hay uno en el que este pesa como una losa: la cuestión impositiva. Las democracias occidentales tratan a los contribuyentes como súbditos, no como ciudadanos. Sólo la indignación de estos, al verse relegados a meros votantes-contribuyentes (si consiguen no dejarse encorsetar por los términos propios del conflicto ideológico liberalismo-socialismo) les permitirá zafarse del letargo, si la transforman en la cultura del don. Para ello palabras como “orgullo” o “egoísmo” tendrán que perder sus connotaciones negativas (es inevitable, aunque no se las mencione, evocar las tesis de *The virtue of Selfishness*, de Ayn Rand).

Entre las ideas que Sloterdijk discute en el prólogo está la supuesta conexión necesaria entre la teoría laboral del valor, la existencia (demostrable) de la explotación del trabajo asalariado y la necesidad de la redistribución de la riqueza “robada”. Para Sloterdijk la explotación, en nuestras sociedades occidentales, es un “dogma ya amarillento” (p. 45) y, siguiendo cierta inspiración schmittiana, declara soberano a “quien decide sobre la ejecución forzosa” (p. 48) de modo que es el fisco el auténtico soberano. Una vez expuesto esto queda declarar el fraude fiscal como una suerte de resistencia frente a *Leviatán* a la vez que aparecen términos tales como

“empatía”, “talante”, “espíritu de la donación”, etc. La propuesta de cambiar el sentido de la relación entre la Administración recaudatoria y los contribuyentes conllevaría una mejora en Educación e Investigación puesto que quien dona libremente no deja de hacer un seguimiento responsable de aquello por lo que invierte. Sin embargo, esta posición se encuentra con la resistencia de una supuesta izquierda conservadora, el “ala veteroizquierdista” -“cuanto más se mira hoy hacia la izquierda, más conceptos reaccionarios devuelve la mirada” (p. 60 y p. 75, respectivamente)- que es, ella sí, beneficiaria de una falsa conciencia: la que aletarga a los contribuyentes de clase media. De la mano de Derrida, critica a Habermas y apela al amor maternal como paroxismo del carácter espiritualmente transformador del donar.

En los artículos entra en terrenos filosóficos de fundamentación. Rousseau le dio la vuelta al pecado original en forma de cercamiento originario y, según el filósofo alemán, ahí seguiríamos aún, desde el punto de vista psicopolítico. Esto está a la base del escaso respeto al derecho de la inviolabilidad de la propiedad en la tradición de la Europa continental desde la Revolución francesa -esa “*liaison* de idealismo y resentimiento” (p. 83). Esto ha llevado a una dialéctica del capital contra el trabajo cuando la realidad es que el capital y el trabajo forman parte del mismo frente en tanto que deudores contra el frente de los acreedores. Un síntoma de que esta es la verdad es el estrés y la intranquilidad perpetua con la que vive el em-

presario. Desde finales del XVIII y hasta ahora, la voracidad recaudatoria ha sido capaz de convertir casi cualquier mercancía (servicio o producto) y actividad en objetos de imposición tributaria. La jugada maestra ha consistido en la gestión del sentimiento de culpa de los no-pobres, “un éxito político de doma que hubiera hecho palidecer de envidia a cualquier ministro del absolutismo” (p. 87), que conduce al “saqueo del futuro por el presente” (p. 89) en forma de deuda. Para paliar el malestar el pan y circo lo proporciona un estado social y una poderosa industria del entretenimiento.

Las entrevistas sobre la crisis en general descienden al terreno de la cotidianidad que hemos vivido en los años del comienzo y de lo peor de la crisis económica reciente. Culpa a los burócratas inyectores de liquidez de cometer la estupidez de considerar que la falta de confianza tiene como solución emitir dinero, se alinea con Barack Obama frente al cinismo de la era Bush, critica la racionalidad contemporánea comparándola con la medieval por aquello de los milagros -“son muchos los que creen en serio que la vida les debe el hallazgo de un tesoro” (p. 123)- y arremete con dureza contra la cultura del derroche para todos (haciendo un cierto alegato sensato por una austeridad bien entendida, vinculándola al ecologismo) y contra la comodidad propia de la negatividad y el ánimo depresivo (a los que opone el espíritu deportivo).

En las entrevistas sobre la propuesta de impuestos voluntarios baja a la arena política alemana. El nuevo estilo de ha-

cer oposición a quien quiera gestionar la crisis de modo sensato es dejarlo en tal situación que, cuando tome el gobierno, le sea imposible hacer nada y, al mismo tiempo, denostar el espíritu emprendedor exitoso. Sin embargo, una sociedad del prestigio es competitiva no sólo en un sentido depredador sino también donador. El ejemplo lo proporcionan las generosas contribuciones de los gigantes estadounidenses de las nuevas tecnologías, dando la razón a Mauss. Mas cuando es interpelado por la cuestión de si la renta básica podría liberar impulsos de creatividad, Sloterdijk lo tiene muy claro: “Ya no se podría reprimir la afluencia de inmigrantes [...] La creatividad moderna es un efecto secundario de la voluntad de ascenso y del estrés que crean los intereses” (p. 171).

Desde el estricto punto de vista de la Filosofía política hay una consideración que hacer a esta cuestión “destapada” (mejor que “iniciada”) por Sloterdijk. En numerosas ocasiones (textos, entrevistas, etc.) dice que estamos faltos de una reflexión filosófica seria sobre la cuestión fiscal. Según el autor, se hace filosofía sobre un sinnúmero de cuestiones pero no sobre los impuestos, dándose por entendida su necesidad e importancia. Pero esto no es cierto. No lo es en un doble sentido. En primer lugar, debe decirse que hay una subespecialidad de la Filosofía política que se ha hecho cargo del asunto: se llama Teoría de la Justicia (dentro de la cual hubo un apasionante debate, abierto actualmente, y que puede resumirse así: Rawls contra Nozick, Nozick contra Rawls). Por otro lado, la *Behavio(u)ral*

*Economics* -tan ligada a la reflexión filosófica en el mundo anglosajón- ha investigado durante mucho tiempo y muy rigurosamente la cuestión, pero cuando Sloterdijk es puesto ante la evidencia solo acierta a decir a su entrevistador: “Yo abogaría para que devolvieran el premio Nobel, pues casi todos fueron concedidos por trabajos que se basaban en idealizaciones racionalistas y en *bluff* matemático” (p. 106). Para alguien que defiende en conferencias públicas la enorme importancia de la Psicopolítica tal desconocimiento (intencionado o no) de la Psicoeconomía no deja de ser un problema.

Vicente CABALLERO DE LA TORRE

Jean-François KERVÉGAN, *¿Qué hacemos con Carl Schmitt?*, traducción de Alejandro García Mayo Madrid, Escolar y Mayo, 2013, 226 pp.

¿Que yo me contradigo?  
Pues sí, me contradigo. Y, ¿qué?  
(Yo soy inmenso, contengo multitudes).

Walt Whitman.

*Que faire de Carl Schmitt?*, aparecido en Éditions Gallimard en el año 2011 y traducido en 2013 a lengua hispana por la editorial Escolar y Mayo, supone la última contribución de Jean-François Kervégan a la discusión acerca del pensamiento del legista de Plettemberg. En este texto, el filósofo franco-argelino, reputado conocedor de la obra de Schmitt, vuelve sobre su legado desde una

perspectiva radicalmente diferente a la que caracterizaba su magnífico *Hegel, Carl Schmitt. Le politique entre spéculation et positivité* (París, PUF, 2005)<sup>1</sup>.

El reconocimiento del carácter abierto y esencialmente discutible no solo de la producción teórica del jurista, sino del “fenómeno Schmitt” en su conjunto, funciona como elemento vertebrador que atraviesa todos los capítulos de esta nueva aportación. Buena prueba de ello nos la brinda la coincidencia temática entre la cita de Jürgen Habermas que sirve de exergo a la obra —“todavía hoy, Carl Schmitt divide los espíritus”— y las palabras con las que Kervégan concluye su escrito: “pero guardemos en la memoria lo que [Carl Schmitt] nos ha enseñado: nos hacen falta pensadores del desacuerdo” (p. 211). Y es que, ¿qué caracteriza a un clásico sino el desacuerdo? Si este es el criterio, sin duda Schmitt es hoy un clásico: pocos autores han sido (y son) blanco de tantas críticas y elogios como el alemán. Su pensamiento, guste o no, ha ido sedimentando y modelando gran parte de la producción jurídica y filosófica contemporánea hasta el punto de que, hoy, cuando decimos “Schmitt”, nos referimos a toda una multitud de niveles interpretativos que excede los límites biográficos del autor. Nos enfrentamos a un tópico del pensamiento contemporáneo, a un dispositivo semántico no-saturado que, abierto a la

<sup>1</sup> Existe edición en español: Jean-François Kervégan, *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, traducción de Alejandro García Mayo, Madrid, Escolar y Mayo, 2007.